



La vida en rojo

Chilangos romanos

MARCO AURELIO CARBALLO

De ese hotel recordaba su vestíbulo y un letrero en los retretes de la alberca: “Prohibido robarse el papel del baño”. Aquella vez el maestro narrador iba al volante y, junto, el maestro poeta. En el asiento de atrás, de sirimique, yo hojeaba los diarios de Chilpancingo, de Iguala y del DF. Era medio día. Ellos parloteaban de literatura, de escritores y de mujeres. Más de escritores y de mujeres. Si el tema era interesante paraba la oreja mientras deshojaba los periódicos. En Acapulco suspendí mi tarea. Los maestros estaban partiéndose de risa. El automóvil había llegado al pie del mostrador de la administración. Subió la rampa y la banqueta y entró al vestíbulo. En abono del chofer, a vuelta de rueda.

Ahora la señorita Morris había insistido en que preguntáramos los precios en el Presidente. Era mejor al otro lado del camellón, dije, porque sin playa el hotel es más barato. Le agradecí la amabilidad cuando giró convencida para buscar... uno barato. “Cúrvese hacia la izquierda”, nos había orientado un acapulqueño. No recordaba el nombre del hotel en cuya alberca leí aquel letrero simpático y ominoso a partes iguales. Pero en cuanto lo vi, Romano Palace, dije es ése. La señorita Morris, clase media alta, buscó el estacionamiento para

su coche francés. No quiso irrumpir en el vestíbulo como aquellos artistas bizarros. Me sentí veterano de hazañas dudosas.

Al estilo de los hoteles de mediados del siglo xx, el Romano Palace conserva tres grandes relojes con las horas de París, de Montreal y de México. Quién sabe por qué Montreal, acaso por el Tratado de Libre Comercio, ¿y Roma? La señorita Morris me dirigió una mirada y contrajo su pequeña nariz como preguntando qué onda. La tarifa era la mitad que la del Presidente y me puse contento de visitar el Romano Palace. La nostalgia. La señorita Morris paraba en Las Torres.

Había visitado muchas veces Acapulco, siempre en buenas condiciones. Los reporteros resultan mejor tratados por el sistema priista o panista que los escritores. Pero si eras enviado de Excélsior la pasabas mejor. Cierta vez viajé a Acapulco para cubrir en Chilpancingo el secuestro a manos de la guerrilla del candidato priista Rubén Figueroa. “Puedes tener otro cuarto”, dijo Víctor Payán, comisionado en el puerto, “pero ¿para qué? Mejor conmigo. Compartimos y dejamos de quitarle plumas a la lechuza”, como llamábamos a Excélsior. Después dejaron en cueros a la pajarraca noctívaga pero esa es otra historia. Víctor Payán era un colega digamos filantrópico o musulmán. Tumbado en la alfombra del mismo cuarto, dormía un reportero de Radio Mil. Si yo

hubiera ido de Chilpancingo a Acapulco acompañado del Llaverito, de Ovaciones, él también habría dormido en el mismo cuarto, acaso en la tina de baño.

El Romano Palace conserva vestigios de glorias pasadas. Aparte de los relojes, observé que desde el cuarto 507 podía ver la bahía pero no la playa a la que nos dirigimos años atrás en cuanto los maestros, el poeta y el narrador, arrojaron por allá las maletas. El sol plateaba el Pacífico y el reflejo nos enceguecía. Así que sentados en sillas plegables, aguardando el agua quina, me encafé las gafas contra el sol. De inmediato me pregunté cuándo tendríamos algo parecido en Puerto Madero, llamado ahora Puerto Chiapas por decreto gubernamental: hoteles, sillas, servicio profesional. ¡Es el mismo mar! Fue cuando el maestro narrador preguntó si me había dado cuenta... ¿De qué? Esa playa era la playa de los homosexuales, señores mampos en mi pueblo.

Quien sabe qué cara puse que los maestros se partieron de risa de nuevo, como el momento en que la empleada del hotel abrió los ojos y la boca al vernos entrar con todo y coche hasta donde ella estaba. No vi nada anormal en la playa, excepto cuando nos echamos a caminar de punta a punta. En el extremo izquierdo, cerca de una roca enorme observé a varias parejas como si fueran hombres nadando o charlando demasiado juntos.

Ahora no crucé el camellón ni me senté en una silla ni el maestro poeta estaba a mi lado y nadie, como él, me sirvió ningún borbollón de vodka de una linda ánfora metálica de medio litro. Desde el quinto piso, escruté el horizonte a través del ventanal pero ni siquiera vi la enorme roca. Lo impidieron una palapa y unas palmeras. Habían pasado muchos años. Ahora efectuaba entrevistas para una colección de semblanzas patrocinadas por Diconsa. Ahora trabajaba para comprar tiempo y escribir cuanto había reportado de la vida. Algún día escribiré un relato de la estancia de un mes en Chilpancingo donde lo mejor ocurría en mi hotel. Ahí, en su cuarto, el

Tobi se emborrachaba y Tejonar salía huyendo por las ventanas acosado por alguna chica nativa. Me agradó el clima de Acapulco, su atmósfera costeña y la llamada temporada de turismo nacional.

En el desayuno observé la ausencia de turistas güeros en el Romano Palace. El dios Neptuno de yeso continuaba ahí como portero de día y de noche armado con su tridente. El restaurante estaba lleno de mis iguales. "Pelosduros", nos llama el comunicólogo Fernando Macías Cué. Estados Unidos es el único país donde los pobres son gordos, dicen. Aquí, con cincuenta millones de amolados, los menos, algunos consiguen hospedarse en el Romano Palace y saquear a dos manos los recipientes del bufet. Si el bufet cebó a los pobres de los Estados Unidos, nosotros seguimos el ejemplo, ¿milagro del TLC? Pero allá la media es de gente alta. En el desayuno del Romano Palace, vi niños de diez años tan anchos como altos. Un cuarentón de vientre cual colina apuntado hacia el horizonte entró al restaurante masticando quién sabe qué, acaso restos de la cena. Cuando ese paisano aturrido por la digestión contestó el cuestionario del hotel, en el punto 6.0, el del restaurante, sin duda cruzó la letra A, en cuya línea se pregunta por la calidad de la comida. La debe haber confundido con la cantidad. ■



Victor Mora